
CAMBIOS POLÍTICOS Y SOCIALES EN EUROPA (XIV)

Ideologías en torno a la democracia: vocabularios liberales y vocabularios democráticos

Las teorías de la democracia son, como su nombre indica, plurales. Las concepciones de la democracia son variadas pese a (o quizá precisamente debido a) su universalización contemporánea como la única forma de gobierno legítima. Este pluralismo no tanto ideológico cuanto de vocabularios, puede, sin embargo, ser mínimamente ordenado. Procederé a hacerlo mediante el análisis de dos puntos de vista, dos historias, dos vocabularios, dos personajes: liberal y demócrata. El universo conceptual de cada uno de ellos permitirá, según creo, redescubrir nuestra realidad política y ayudará a reordenar el mundo de las antiguas ideologías bajo nuevos marcos conceptuales.



Rafael del Águila es catedrático y director del departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad Autónoma de Madrid. Especializado en Teoría Política, ha colaborado en la *Historia de la Teoría Política* (varios volúmenes) dirigida por F. Vallespín. Es coautor del libro *Civilizados y etnocéntricos*.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a Ciencia, Lenguaje, Arte, Historia, Prensa, Biología, Psicología, Energía, Europa, Literatura, Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles, Teatro español contemporáneo, La música en España, hoy, y La lengua española, hoy. →

I

El liberal se define, primero que nada, por su individualismo. El individuo, entendido como átomo autónomo, es el centro de gravedad de toda su concepción del mundo. Individuo átomo porque se le considera esencialmente aislado y autosuficiente, sujeto de derechos o de obligaciones *en tanto* que individuo (no en tanto que miembro de una corporación, no en tanto que miembro de una comunidad, sino en tanto que ser humano). Individuo autónomo porque su autonomía precede a todo lo demás, porque la autonomía de su juicio racional y de su voluntad le definen como individuo. En este sentido es en el que se suele escribir que nos hallamos ante un individuo prepolítico y aislado: su definición no requiere tomar en consideración el establecimiento de lazos políticos o sociales, es previa a todo contacto con otros seres humanos y se produce por el hecho mismo de la natalidad («Todos los hombres nacen libres e iguales» rezaba el famoso artículo de la

→ «Cambios políticos y sociales en Europa» es el tema de la serie que se ofrece actualmente, programada con la colaboración del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, organismo que complementa en el campo científico las actividades culturales que desarrolla la Fundación Juan March.

En números anteriores se han publicado ensayos sobre *Hacia una sociedad europea*, por Salvador Giner, director del Instituto de Estudios Sociales Avanzados, del C.S.I.C., y profesor de la Universidad Pompeu Fabra, de Barcelona; *Imaginando futuros para la Comunidad Política Europea*, por Philippe C. Schmitter, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Stanford (Estados Unidos); *La integración europea y la liberalización de la economía española. Lo que queda por hacer*, por Miguel Ángel Fernández Ordóñez, ex presidente del Tribunal de Defensa de la Competencia; *Políticas sociales del Estado del bienestar. Entre la continuidad y el cambio*, por Joan Subirats, catedrático de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad Autónoma de Barcelona; *Xenofobia ante la inmigración económica*, por Carlota Solé, catedrática de la Universidad Autónoma de Barcelona; *La política exterior alemana tras la unificación*, por Karl Kaiser, catedrático de Ciencia Política de la Universidad de Bonn (Alemania); *El neoliberalismo en la Europa occidental: un balance*, por Vincent Wright, Fellow del Nuffield College, de Oxford (Inglaterra); *Las democracias europeas ante el desafío terrorista*, por Fernando Reinares, catedrático «Jean Monnet» de Estudios Europeos de la Universidad Nacional de Educación a Distancia; *El descontento político en las sociedades informadas de Europa*, por Rafael López Pintor, catedrático de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid; *La población española, en el crecimiento cero*, por José Juan Toharia, catedrático de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid; *Sindicatos y empresarios en la Comunidad Europea*, por Wolfgang Streeck, profesor de Sociología y Relaciones Industriales de la Universidad de Wisconsin-Madison (Estados Unidos); *Socialdemocracia: realismo y utopía*, por Elías Díaz, catedrático de Filosofía jurídica, ética y política de la Universidad Autónoma de Madrid; y *El declive desigual de las adhesiones partidistas en Europa occidental y en EE. UU.*, por Hermann Schmitt, investigador del Mannheimer Zentrum für Europäische Sozialforschung de la Universidad de Mannheim y director del Zentrum für Europäische Umfrageanalysen und Studien.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

IDEOLOGÍAS EN TORNO A LA DEMOCRACIA...

Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano). Debido a que estamos ante átomos aislados, el individualismo liberal subraya también el carácter esencialmente igual y homogéneo de los individuos: todos tienen idéntico derecho a desarrollar sus capacidades y a llevar una vida de libertad y dignidad iguales.

La libertad del individuo así definido se concibe, entonces, como ausencia de restricciones al movimiento, como ausencia de constricciones en el obrar. Libertad entendida como libertad *de* hacer sin más límite que la libertad de otros. Esta idea de libertad es particularmente importante porque establece un juego de suma cero entre los individuos: si uno es libre en demasía es a costa de la libertad de otros. También porque entiende que la libertad es libertad de actuación sin barreras innecesarias.

El impulso activo del individuo se fundamenta en sus intereses y sus necesidades, así como en su igual capacidad para usar de la razón. Dado que todos los individuos son esencialmente autónomos e iguales, todos tienen juicio suficiente para apreciar sus necesidades y determinar la mejor manera de proteger sus intereses. Pero cada uno, al hacerlo, es posible que se vea obligado a tratar al resto de los individuos como posibles obstáculos para su libertad. El individuo liberal utiliza en ese momento la estrategia y el cálculo de utilidades o, si se quiere, la elección racional, para medir sus posibilidades y para ejercer su libertad de la forma más adecuada. Es cierto que para el liberal «cálido», del que luego hablaremos, más que de estrategia o de cálculo se trata del establecimiento de reglas del juego racionales (que respondan al interés privado) y razonables (que respondan al bien común). Pero, al menos para ciertas versiones del liberalismo desarrolladas con fuerza hoy en la ciencia de la política o la economía (utilitarismo, *rational choice*, etc), ése no es exactamente el caso. Más bien, desde esta perspectiva, para cada uno de nosotros el resto de los individuos deben ser considerados como depredadores agresivos esencialmente definidos como obstáculos para la propia satisfacción de necesidades o intereses. Si uno obtiene el poder suficiente para realizar adecuadamente sus objetivos, ello siempre será a costa de los otros. Si la libertad se concebía como libertad res-

pecto de los obstáculos, el poder se concibe como poder sobre algo o alguien y también su sistema de funcionamiento será la suma cero (lo que yo tengo no lo tienes tú y viceversa).

En términos políticos todo ello tiene una importante consecuencia: el poder político liberal es un conjunto de instrumentos y reglas que *protegen* a unos individuos de los otros y a todos ellos del más peligroso de los depredadores: el Estado mismo. El antiestatalismo liberal parte de la idea de que el poder es peligroso pero necesario para promover la paz social. Por tanto, debe utilizarse con mesura y encerrarse, en la medida de lo posible, dentro de un conjunto de reglas que le obliguen a no trasgredir ciertos límites. Ese conjunto de reglas es lo que se ha llamado Estado de derecho; su práctica más eficiente se desarrollaría en un Estado mínimo (es decir, con el mínimo de Estado posible).

El mundo de la política es el mundo del conflicto, del choque entre intereses y necesidades, de las estrategias encontradas, de los antagonismos de poder y libertad, de las reglas, del control y del equilibrio inestable de intereses. El liberal no encuentra en la política ningún rasgo armonioso o cooperativo. Por eso busca en otro lugar el autodesarrollo del individuo. Ese lugar es la esfera privada. De hecho, todo el edificio político liberal está diseñado para dotar a ese lugar (lo privado) de privilegios que le defiendan de la irrupción del «otro» (ya sea otro individuo, ya sea la mayoría, ya sea el Estado). Los intereses y las necesidades del individuo liberal se corresponden y se gestan principalmente en esta esfera. De hecho, el liberal aconseja redefinir los bienes públicos en términos privados y convertir la actuación egoísta en principio de acción solidaria. La fábula de las abejas de Mandeville aseguraba que los vicios privados producirían virtudes públicas, los economistas clásicos creían que la búsqueda de los intereses particulares por parte de cada uno se ordenaría armoniosamente en el mercado para el bien de todos, la tolerancia para con los otros debía ejercerse, no por ser justa, sino por autointerés, etc. Todo se refiere, en último término, al individuo átomo, interesado, agresivo, solitario y protegido en su esfera privada. Sólo de vez en cuando, Kant o algún autor en su estela, subraya el carácter

IDEOLOGÍAS EN TORNO A LA DEMOCRACIA...

deontológico del uso de la razón y sus aspectos ligados a la universalidad y a la generalidad.

Desde antiguo existió un íntimo vínculo entre la protección de lo privado y la propiedad. Es posible que lo que Macpherson llamó individualismo posesivo siga vigente de algún modo, pero la propiedad en el liberalismo actual está vinculada más fuertemente con la idea de mercado, capitalismo y crecimiento. Es tentador suponer que la categoría diseñada por Inglehart de «materialista» se ajusta considerablemente bien al liberal así definido. Su vínculo con la propiedad, de este modo, se complejiza un tanto. De hecho, la propiedad en nuestras sociedades postindustriales es algo más evanescente y compleja, e incluiría conocimientos o saberes técnicos o información, etc. Pero lo importante aquí es que el mercado sigue siendo lo crucial para valorar y sopesar esas nuevas formas de propiedad. El mercado se convierte en el referente último del individuo de sus posibilidades y de su desarrollo. El mercado es la metáfora liberal de la libertad.

Y esta metáfora ha calado de tres maneras principales en el mundo político del liberal: 1) en su definición de la política como un juego de agregación, articulación y clasificación de preferencias privadas en términos consumistas (Laswell, Kaplan, etc); 2) en su concepción de la democracia como un sistema de mercado en el que los políticos son los empresarios y los votantes los consumidores (Schumpeter, Downs, etc); 3) en la idea de que cuanto menos Estado, menos política y menos participación ciudadana exista, más campo tendrá el mercado para la resolución de los problemas de forma satisfactoria (Hayek, Nozic, etc.).

La participación ciudadana, la formación de una voluntad colectiva, el bien común, la democracia como participación, etc., son elementos extraños para el liberal; y allí donde los encuentra procura redefinirlos en términos apropiados a su propia visión. Así: es bueno un cierto grado de apatía para la estabilidad política; la voluntad colectiva o el bien común son simples productos del regateo de intereses particulares o individuales; la democracia no es un fin en sí misma sino un medio para un fin: la protección utilitaria de los intereses del mayor número de individuos, etc. El

Estado representativo con un entramado institucional complejo al que el ciudadano es llamado a atender tan sólo en el momento electoral es el resultado de esa concepción. Los representantes deben ser controlados, los poderes deben chequearse los unos a los otros, el poder político debe reducirse al mínimo... todos estos rasgos aúnan de forma peculiar la idea de política como control con la idea de régimen representativo típico del liberalismo.

Con todo, esta imagen, un tanto seca, que ciencia política o economía nos dan del liberalismo, se dulcifica en la teoría moral y política dando a luz al liberal «cálido». Aquí se redescubren ciertos rasgos básicos de la imagen ofrecida hasta ahora. Así, el autointerés no es sino el mecanismo que, en ausencia de otros recursos más «presentables», ayuda a disciplinar las pasiones destructivas para la *pólis*; el Gobierno limitado y controlado, lejos de ser antipolítico, es de hecho políticamente más fuerte y más capaz de reflejar la pluralidad ciudadana; el aislamiento del individuo es una fórmula para asegurar su igualdad al tiempo que evita los riesgos dogmáticos de las identidades comunitarias; el liberalismo, que nace de la experiencia de la crueldad de las guerras religiosas, usa de la tolerancia no como resultado de un *laissez faire* de egoísmos encontrados, sino como un tipo de autodisciplina civilizada; los derechos, las barreras y los controles, en lugar de encerrarnos en el aislamiento, hacen surgir nuevas esferas de libertad mientras nos ayudan a evitar la tiranía; el liberal, como sugiere el término castellano que le da origen, es generoso y de mente abierta; etc.

Y este liberalismo cálido, se encuentra al poco con el planteamiento del demócrata, que constituye a la vez su alternativa y su límite.

II

Para el demócrata el nosotros precede al yo. El individuo se define en el contexto de su comunidad específica que le dota de valores, creencias y vocabularios en los que expresar sus deseos

IDEOLOGÍAS EN TORNO A LA DEMOCRACIA...

e intereses. De hecho, para él, la autonomía es el producto de un determinado tipo de comunidad y de una forma específica de socialización, y no un dato previo. Es bien cierto, sin embargo, que el tipo de comunidad y la forma de socialización en las que la autonomía se genera están definidas por elementos tales como diálogo, deliberación, uso colectivo de la argumentación, etc. Es decir, que las fórmulas sociales que producen individuos con la autonomía de juicio y voluntad requeridos por los liberales son, precisamente, las que definirían en su núcleo a una democracia. Así, puede decirse que la democracia es el presupuesto, no el resultado, de la autonomía individual.

La concepción del poder político en este contexto varía radicalmente de la liberal. El poder aquí no es algo que reprime e impide la génesis de la autonomía individual, sino una capacidad de actuar concertadamente y en grupo. El poder, pues, no es esencialmente malo, sino precisamente el resultado de la interacción en grupo y de una toma de decisiones cuyo fundamento es la deliberación colectiva.

Del mismo modo la libertad no es entendida por el demócrata en términos exclusivamente ligados al movimiento sin obstáculos de los intereses y deseos de individuos autónomos, sino que está ligada a la solidaridad y a la capacidad para hacer cosas colectivamente. Es decir, se trata de una libertad positiva o libertad *para* y no una libertad negativa o libertad *de*.

En este sentido, ni el poder ni la libertad están regulados por los juegos suma cero («si lo tengo yo, no lo tienes tú»), sino que crecen y aumentan, se desarrollan y florecen en el contexto del grupo (por ejemplo, como Bakunin señalaba, «sólo se puede ser libre en una sociedad de hombres libres»). Ambos son entendidos como resultado de la interacción grupal y comunitaria.

Nada tiene de extraño, entonces, que para el demócrata el nudo gordiano de la política sea la creación de espacios públicos de deliberación y decisión políticas, en los que sea posible desarrollar individuos solidarios, participativos y autónomos en su juicio y voluntad. Con ello se apunta a un problema central para el demócrata: la consecución de una igualdad necesaria para el desa-

rollo adecuado de esos espacios públicos. Tal igualdad legal y política se ve complementada por exigencias de igualdad económica o social en algunos casos (el socialismo, en general, es el más claro).

Por otro lado, para el demócrata los intereses y su agregación no son el problema central de la política. Los intereses no definen las prácticas políticas; al contrario, son las prácticas políticas y sociales las que ayudan a los distintos individuos a definir sus intereses, a desarrollar y aclarar su voluntad, a crear su propia opinión mediante el proceso de diálogo y deliberación comunes.

En la misma línea, el individuo educado y creado por la interacción en grupo recibe sobre sí el impacto de las prácticas comunitarias y se crea, en tanto que individuo, indisolublemente unido a esas prácticas. Dicho con otras palabras, el individuo se transforma a través de las redes de prácticas en las que se ve colocado.

Los elementos clave de la concepción del mundo del demócrata son, entonces: 1) la necesidad de reformular en términos públicos las necesidades privadas, es decir, la práctica de la cooperación y la solidaridad; 2) la búsqueda del bien común, los intereses generales y la voluntad general a través de la deliberación de todos los implicados; 3) el ejercicio de la tolerancia, no por autointerés, sino para mantener la autoidentidad deseada (ser como queremos ser); etc.

La democracia es entendida aquí no como un medio para conseguir un fin (la paz entre individuos aislados, el provecho de individuos privados, etc.), sino un fin en sí mismo capaz de desarrollar quizá individuos mejores a través de sus prácticas específicas y de la participación en ellas del mayor número posible de ciudadanos. Hay aquí una reivindicación de la política democrática y de sus consecuencias, en lugar de una petición de retirada a la esfera privada (económica o social) como en el caso del liberal. Es más, muchas de las reivindicaciones asociadas a la esfera privada o social por el liberal son politizadas e incorporadas a la esfera pública por el demócrata. Por ello, es tentador supo-

IDEOLOGÍAS EN TORNO A LA DEMOCRACIA...

ner que la reivindicación de un medio ambiente armonioso, de una mayor voz en las decisiones del barrio o del trabajo, de una mayor calidad de vida, etc., acercaría al demócrata a algunas de las características del postmaterialista inglehartiano.

Por lo demás, el impulso hacia la participación y la interacción deliberativa tiene en el demócrata contemporáneo un sentido muy preciso que mantiene un estrecho vínculo con la idea de Estado de bienestar. El demócrata cree firmemente en la intervención igualadora del Estado social, y no sólo porque no comparte la fe del liberal en el mercado y su justicia inmanente. No sólo porque cree que el mercado debe ser intervenido de acuerdo con ciertos criterios de justicia, sino porque la esencial igualdad de los seres humanos, que para el liberal es un dato, aquí es el resultado de procesos de igualación específica y, por tanto, es necesaria una intervención activa en ese sentido igualador si se quiere promover la democracia.

Pero el demócrata, al tiempo, es consciente de ciertos efectos colaterales indeseables de la intervención del Estado. Y es precisamente para intentar soslayar los efectos negativos que ese tipo de intervención pudiera crear (burocratización, tecnificación de la política, gigantismo estatal, decisiones técnicas de expertos, etc), para lo que el demócrata propone una extensión de la participación democrática a todos los ámbitos de la vida social, económica y política donde eso sea posible: el lugar de trabajo, la escuela, el barrio, la universidad, etc. En este sentido, la participación convencional a través de los canales de representación puede ser importante, pero mucho más que la implicación meramente electoral es crucial para el demócrata una implicación duradera y estable en la resolución de problemas cotidianos, capaz de crear hábitos democrático-participativos en los individuos implicados, al tiempo que difunde el poder y lo hace plural en todos los estratos y niveles posibles.

La extensión de la participación no es aquí, pues, una idea lateral del demócrata, sino el centro de gravedad de su concepción del mundo, ya que sin ella no existiría, propiamente hablando, ninguno de los beneficios de la democracia, incluyendo natural-

mente aquellos que se refieren a los individuos concretos que viven en ese tipo de sistemas.

Pero la posición del demócrata también tiene sus riesgos. La tiranía de la mayoría, la voluntad general unificada, el concepto de pueblo o de comunidad cerrada y moralmente homogénea, el aplastamiento de la pluralidad bajo el peso de la opinión común, la estigmatización de la disidencia, el gigantismo de las organizaciones estatales, la desconsideración a la libertad en nombre de la igualdad, el imperialismo del rol político frente a otros roles y valores, etc., son algunos de ellos. Tras la crítica a estos riesgos siempre hubo un liberal, al igual que tras la crítica a los riesgos liberales siempre hubo un demócrata (aunque, dado que estos últimos no son muy abundantes en la historia de la (teoría) política, a veces se trataba de un demócrata disfrazado de otra cosa: de socialista, por ejemplo).

III

Esta «historia de dos ciudades» a la que acabamos de asistir puede sernos, según creo, de una cierta utilidad. Puede servirnos como un mapa en el que orientar y localizar las propuestas políticas concretas cuando el mundo de los metarrelatos y de las ideologías omnicomprendivas parece haber muerto definitivamente. Puede enseñarnos también la peculiar ambigüedad con la que se suelen presentar hoy las propuestas políticas prácticas y las diversas teorías explicativas de las mismas. Es decir, podría servirnos para apreciar los distintos elementos de liberalismo y democracia que, por ejemplo, aparecen en los programas ecologistas o socialistas o nacionalistas o radicales o liberal-conservadores. Podrían, asimismo, ayudar a identificar los prejuicios liberales o democráticos que nuestras ciencias sociales en general manejan más o menos subrepticamente.

Aun cuando sólo fuera en su calidad de mapa la redescipción que hemos tratado de hacer, es posible que no sea completamente baldía. □